

---

Recuerdos históricos de Alaba

---

## El patriotismo de los vitorianos

---

1808

Por que fuese mayor la ignominia para España, el viaje emprendido por D. Fernando para saludar á su aliado de Francia, no lo verificó acompañado de tropas españolas, sino de soldados franceses, que, más que escolta de honor, parecían hombres armados que conducían á un prisionero.

Por esto cuando, durante su tránsito, salía el pueblo á aclamar al rey con delirio, los soldados franceses no disimulaban su descontento, y los jefes militares tenían el descaro inaudito de manifestar al Príncipe, tan festejado, que no detuviese el carruaje para recibir estas manifestaciones de entusiasmo, que embarazaban la marcha é imperfeccionaban el itinerario.

Estas indicaciones y otros incidentes análogos, fueron poco á poco convenciendo á D. Fernando que los franceses no eran amigos verdaderos, y en varias ocasiones manifestó á su maestro el Arcediano que se arrepentía de haber emprendido este viaje; pero Escóiquiz, cada vez más pertinaz en su empeño, le aseguraba que la expedición produciría los mejores resultados.

Llegaron los viajeros á Burgos y el emperador no aparecía. Durante su corta residencia en esta ciudad, el ministro Ceballos habló con la

general Savary, que formaba parte de la comitiva, y le manifestó su extrañeza de que el emperador no se hubiese presentado á saludar al rey de España; pero el astuto francés logró disipar los recelos del ministro, y continuó la peregrinación hasta llegar á Vitoria el día 14 de Abril.

Alojáronse D. Fernando, sus ministros y demás personajes de la comitiva, en la casa de D. Demetrio Izarrute, suntuoso edificio, que había servido de posada á varios obispos y á otras personalidades. Aquella misma noche sintióse Escóiquiz enfermo de un catarro, que le obligó á buscar la cama y á pedir la asistencia de un médico. Agravó la dolencia del Arcediano el escándalo que promovieron los granaderos imperiales que ocupaban el zaguán del edificio á manera de guardia. Quisieron solazar la noche, y se excedieron en la bebida, y sin que sus propios jefes pudieran llamarlos á la disciplina, entonaron canciones patrióticos francesas y dieron estrepitosos vivas al emperador Rey de España.

Esto, como era natural, mortificó sobre manera á D. Fernando, que pasó al aposento del Arcediano, acompañado de Ceballos y del duque del Infantado, y sin respetar la dolencia de su acatarrado maestro, le dijo:

—¡Ni Dios pasó de la Cruz, ni yo paso de Vitoria! Lo que sucede traspasa los límites de la decencia; estoy resuelto á retroceder á Madrid.

Escóiquiz hizo esfuerzos para aplacar á su ilustre discípulo, y se determinó llamar á Savary, que acudió al aposento del enfermo, donde también se encontraban Ceballos y el duque del Infantado, mientras que D. Fernando, arrimado á una puerta inmediata y sentado en una silla, escuchaba oculto el diálogo.

Manifestaron al general francés la decisión del rey de España; pero Savary puso en ejercicio todos los amaños de su pérvida política para cambiar de resolución adoptada. No obstante, observando la pertinacia empleada por Ceballos, consiguió el general francés que D. Fernando escribiese una carta al emperador, de la cual él se obligaba á entregar y traer la respuesta, afirmando que sería satisfactoria.

Ausentóse Savary; entró Fernando en el aposento del enfermo, que consiguió que su ilustre discípulo firmase una carta humillante, preñada de quejas, lamentaciones y frases como éstas:

«V. M. llevará á bien que yo le manifieste mi pena de no haber

recibido carta de V. M., ni aun después de la respuesta franca y sincera que dí á la pregunta que el general Savary fué á hacerme en Madrid en nombre de V. M..... Guardando consecuencia, he venido á la ciudad de Vitoria, posponiendo los cuidados indispensables de un reinado nuevo, que dictaba por ahora mi residencia en el punto central de mis Estados.

Ruego, pues, á V. M. I. y R. con eficacia se sirva poner término á la situación Congojosa en que me ha puesto su silencio, y disipar, por medio de una respuesta favorable, las vivas inquietudes que mis fieles vasallos sufrirían con la duración de la incertidumbre.....»

\*  
\* \*

La respuesta que trajo Savary de Bayona no fué para tranquilizar el ánimo abatido de Fernando; pero Escóiquiz soñaba siempre con la victoria, y según afirmaba el duque de Rovigo en sus Memorias, dijo al Rey estas palabras:

—Me dejo cortar la cabeza si al cuarto de hora de haber llegado V. M. á Bayona, no le ha reconocido el emperador por Rey de España y de las Indias; por sostener su empeño, empezará probablemente dando á V. M. el tratamiento de Alteza, pero á los dos minutos le dará Majestad, y á los tres días estará todo arreglado, y V. M. podrá restituirse á España inmediatamente.

Y decía el duque del Infantado al Arcediano:

—Malo lo veo; mientras que el emperador dá de beber al Rey copas de acíbar, vuestra merced le moja los labios con miel de la Alcarria.

El 18 de Abril firmaba D. Fernando otra carta indicándole su resolución de encaminarse á Bayona. Savary, encargado de llevar la carta, mandó que viniesen desde Burgos á Vitoria trescientos granaderos de caballería de la Guardia Imperial, á fin de que, en caso de que D. Fernando se arrepintiera, no le dejasen regresar á la corte y fuese conducido á Bayona como prisionero.

El antiguo ministro del reinado anterior, D. Mariano Luis de Urquijo, que vino desde Bilbao para saludar al Rey, acompañado de don Manuel Manzon Correa, jefe del resguardo de la línea del Ebro; de don Miguel Ricardo de Alaba, oficial de Marina y del duque de Mahón,

penetró en la casa que servía de hospedaje á D. Fernando, solicitando con empeño saludar al ilustre viajero.

Salió á recibirlos Escóiquiz; enteróse de que dichos señores venían con el intento de persuadir al Rey que desistiese de su empeño de continuar la marcha. Irritóse el Arcediano al conocer el motivo de la embajada y anunció á los visitantes que no verían á S. M.

D. Mariano Luis de Urquijo respondió con mesura al Arcediano, manifestándole que no cumplía con sus deberes; pero Escóiquiz contestó desabrido y desatento, diciendo al exministro estas ó parecidas palabras:

—Es vuestra merced el menos autorizado para la réplica, pues ha debido permanecer oscurecido en un rincón de Bilbao, deplorando haber dado comienzo á la ruina de España, porque más que en gobernarla pensó vuestra merced en hacer alarde de su hermosa cara y echar la zancadilla al afortunado Godoy.

—¡Insolente!—exclamó Urquijo.

El oficial de marina, el joven Ricardo de Alaba, se abalanzó al Arcediano, le asió por el pescuezo con propósito de estrangularle; pero le separaron, mientras que el canónigo, recogiendo el manto que había caído al suelo con la placa de Carlos III, gritaba:

—¡Asesino! ¡Desacato! ¡Sacrilégio!

Enteróse D. Fernando del suceso, y acudió con sus gentiles hombres á contener el escándalo. Ausentóse de allí el Arcediano maltrecho y avergonzado, y después de apaciguado el tumulto doméstico, tomó la palabra el duque de Mahón para manifestar á D. Fernando que no era decoroso para la familia real, ni para los españoles, que prosiguiera su viaje.

—Estoy prisionero entre soldados franceses— repuso D. Fernando.

Y repuso D. Manuel Correa:

—Yo tengo aparejado un disfraz, con el cual puede V. M. emprender la fuga.

Pero el duque de Mahón, más avisado que sus compañeros, observó:

—Prosiga V. M. su camino á Bayona para mejor engañar á los franceses, y en llegando á Vergara, abandona V. M. la carretera real, torciendo hacia Durango, guareciéndose en el puerto de Bilbao. Tengo en Mondragón un batallón, de cuya fidelidad respondo, y protegerá la fuga.

Y contestó Fernando:

—He escrito á Napoleón que lie de verle en Bayona, y no falto á mi palabra.

\*  
\* \* \*

Amotinóse el pueblo y acudió á la puerta de la casa en que D. Fernando se hospedaba, oponiéndose á ia marcha de su rey. Un hombre del pueblo, que por su aspecto parecía cura, saltó sobre el coche preparado, cogió los tirantes de las mulas y los cortó con una podadera, en medio de los gritos y aclamaciones de la muchedumbre. Asomóse Fernando al balcón sonriendo, y se aumentaron los vivos y el entusiasmo.

Estaban detrás del Rey el Arcediano y el duque del Infantado; y exclamaba aquel enfurecido, dirigiéndose á Infantado:

—¡Si en lugar de sotana vistiese, como vuestra merced, traje militar, ya habría yo montado á caballo y despejado á esa chusma!

Y repuso el duque;

—Todavía no se ha ido el general Savary; mandaré de parte de S. M. que salga un escuadrón de caballería y despeje sable en mano, á la multitud.

Disponíase á dar esta orden; pero D. Fernando, que lo oyó, pensó mejor que sus adeptos, y entró en la sala diciendo:

—No se haga semejante cosa. ¿Cómo lie de consentir que tropas francesas acuchillen á un pueblo que me aclama?

Poco después apareció fijado por las esquinas un decreto en que afirmaba el Rey «estar cierto de la sincera y cordial amistad del emperador de los franceses, y que antes de cuatro ó seis días darían gracias á Dios y á la prudencia de S. M. de la ausencia que ahora les inquietaba.»

El motín se apaciguó. Escóiquiz acusó á Urquijo y á Alaba de traidores, pidiendo para el oficial de marina un castigo ejemplar

Y repuso el Rey:

—Peor será meneallo No demos lugar á que se divulgue que un Arcediano ha estado á punto de ser estrangulado por las manos de un oficialete de marina.

ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

